

LA EDUCACION DE LOS INDIGENAS DE GUINEA

ARMENGOL Nicolás y Lorenzo Bela son dos muchachos pertenecientes a la clase media acomodada de Fernando Póo. Sus padres no poseen grandes fincas de cacao ni son propietarios de importantes empresas industriales o eléctricas, como los Jones, los Dugan y las familias próceres «fernandinas», oriundas, en su mayor parte, de Sierra Leona, pero cuyos hijos, aun educados algunos en Inglaterra, aman a España como a su verdadera Patria y a la isla de Fernando Póo como a su tierra natal, su patria chica.

Los señores Nicolás y Bela poseen casa propia en Santa Isabel, una casa eminentemente tropical, de madera sobre postes de cemento, con una galería que la circunda y que hace francamente agradables y frescas las habitaciones—pocas y amplias—que hay en su interior.

Tienen unas finquitas de cacao, que cultivan ellos mismos, ayudados de unos cuantos braceros «calabares»—esto es, oriundos de la colonia inglesa «Calabar», donde sus malas condiciones de vida les empujan a buscar trabajo en nuestra preciosa isla fernandina—y desean vivamente que sus hijos sirvan al Estado español en algún puesto secundario de la Administración Colonial.

Armengol es espigado, inquieto, de ojos muy vivos y fácil comprensión; estudia con entusiasmo la Geografía, y en sus sueños de adolescente—tiene doce años; y sabido es que la raza negra es más precoz que la blanca, si bien se agosta antes—se imagina que a bordo de una motonave blanca que todos los meses toca en la Isla, deja su tierra y se trasplanta a Europa, al Continente civilizado y se queda a vivir en su Patria, en España, que antes de conocerla se le representa adornada con toda clase de comodidades

e ingeniosos inventos. Aunque él viniera dispuesto a no dejarse llevar por la admiración, valiéndose de la frase «comodín» que tantas veces ha oído a sus mayores: «Eso es cosa de blanco», se queda estupefacto al ver «de verdad», en sueños, los altos edificios de las grandes urbes, que sólo ha contemplado en el cine, pero que ahora le parecen abrumadores en su altitud y en su riqueza de mármoles y cristal; sueña que se marea con el abundante tráfico de las calles principales y se despierta súbitamente ante el riesgo inminente de ser atropellado por un tranvía...

El irá a España y todos sus esfuerzos los encamina a conseguir una beca del Patronato de Indígenas para poder estudiar una carrera corta en la Metrópoli.

Lorenzo Bela es, por el contrario, más tranquilo de genio y más tardo en su inteligencia; estudia con tesón y quiere a toda costa cumplir la voluntad de su padre; él será auxiliar administrativo en la Secretaría General del Gobierno o en la Delegación de Hacienda, pero sin necesidad de dejar su isla, de adentrarse en lo desconocido; casi le aterra el pensar vivir entre blancos, muy lejos de su casa, en una ciudad llena de ruidos; él conoce los automóviles porque los ha visto desde pequeño en Santa Isabel, pero no alcanza a comprender cómo puede haber tantas líneas de tranvías sin confundirse, al mismo tiempo que autobuses, metro, etc.; él estudiará todo lo que le enseñen los blancos—a quienes ve muy superiores a él—, pero en su país, sin abandonar a sus padres y amigos, aunque se prive de ver la civilización en toda su pujanza, que es precisamente lo que le atrae a Armengol. Este discurre del siguiente modo: Si los blancos son capaces de construir los automóviles que andan solos, y los motores que producen la luz eléctrica y el hielo, y los gramófonos que tanto ha admirado desde pequeño y los transportan hasta aquí, tan lejos, en unos barcos que andan sin remos ¿qué no tendrán en su tierra? ¿qué maravillas no encerrarán en su país?

Estos dos muchachos, típicos de nuestra Guinea, plantean al Estado colonizador un problema de educación.

¿Qué será más conveniente a su formación espiritual? ¿Enviarlos a la Metrópoli a que reciban una instrucción superior, des

pués de haber cursado los primeros estudios en el Colegio de los P. P. Misioneros del Corazón de María o en las Escuelas del Estado, o llevarles el Instituto y la Escuela especial a su tierra natal?

Armengol y Lorenzo fueron sometidos a dicho tratamiento, de acuerdo con sus aspiraciones. El primero consiguió la beca del Patronato y se trasladó a la Península a cursar los estudios de un peritaje.

El segundo permaneció en Santa Isabel y se dedicó a estudiar mecanografía, contabilidad y práctica administrativa. A los dieciséis años ganaba una plaza de auxiliar administrativo y era destinado a la Delegación de Hacienda en Santa Isabel.

De Armengol las noticias que se recibían en la Colonia eran contradictorias. Los informes oficiales eran satisfactorios; asistía con asiduidad a la Escuela especial; guardaba suma atención durante las explicaciones de los Profesores; era educado, sumiso, formal... Sus amigos, por el contrario, estaban informados de las diversiones de Armengol; iba diariamente al cine, asistía a muchos bailes, donde por su color y su destreza innata obtenía un éxito constante y su amistad era codiciada por lo exótico del caso.

Llegó final de curso y los Profesores, teniendo en cuenta las circunstancias especiales del alumno y con el fin de animarlo para lo sucesivo, le aprobaron a duras penas, ya que reconocían que no había estudiado lo suficiente. Las vacaciones escolares las pasó también en la Península, pues resultaban demasiado cortas para ir y volver a su lejano país. En ellas, en un ambiente de entera libertad, no cogió un libro ni repasó un apunte, sino que se dedicó por entero al deporte y al baile.

Comenzó el segundo curso, y la ciudad—al serle más conocida—le brindó todos los encantos de una civilización viciosa; hizo, además, un descubrimiento interesante; la mejor forma de combatir el frío, ese frío helador e inhóspito, desconocido en su país tropical, era ingerir cognac en grandes dosis.

Llegó a faltar un día a clase; alegó la excusa de que se había enfriado y también la acogieron los Profesores que hasta le aconsejaron que los días de mucho frío no debía salir de casa y le dispensaban, por tanto, de la asistencia a las aulas. El mal estaba hecho.

Como el invierno era bastante largo y se encontraba sin obligación alguna que cumplir que jalonara sus horas, comenzó a levantarse tarde y a trasnochar..., a pesar de que el frío era la excusa que utilizaba para no asistir a clase. Vivía, por tanto, en un completo contrasentido; no salía a las horas de sol por razón del frío, y, sin embargo, se retiraba a casa a altas horas de la madrugada después de haberse entregado a sus dos pasiones favoritas: el baile y el alcohol.

Pero esta conducta no podía quedar por siempre oculta; sus superiores—funcionarios de la Dirección General de Marruecos y Colonias—se enteraron, le hicieron las consideraciones de rigor, pero Armengol—un abúlico como todos los de su raza—no encontraba fuerzas para abandonar el cómodo camino emprendido.

Se dió cuenta oficial a sus Profesores y en los exámenes ordinarios de junio fué suspendido, en vista del desconocimiento absoluto que tenía de las asignaturas y ante la consideración de que la insignificante labor desarrollada no se debía a falta de preparación o inteligencia, sino, por el contrario, a exceso de vicios y al incumplimiento de sus deberes escolares. A pesar de ello, se le brindó como última ocasión la posibilidad de aquel verano para ver si estudiaba con todo empeño a fin de recuperar el tiempo perdido, y en septiembre era aprobado.

Pero durante el estío él se encontraba en su elemento; con calor y vino, su resistencia física se resentía en el baile, antes por lo último que por lo primero. En los exámenes extraordinarios obtuvo el mismo resultado, y en octubre fué obligado a embarcar para la Guinea.

Como Armengol no se encontraba muy bien de salud a causa de la desarreglada vida que había llevado, afirmó entre sus coetáneos que había regresado a su país sin terminar la carrera porque no podía tolerar el clima de Europa, y la Administración—siempre propicia a velar las decisiones fuertes que adopta—le sirvió de cómplice en esta desfiguración de la verdad. Como es sabido, en nuestra Colonia de Guinea, los indígenas están divididos en emancipados y no emancipados, según el grado de cultura que han alcanzado, siéndoles permitido solamente a los primeros el beber

alcohol en sus variadas, y más o menos nocivas formas. Los no emancipados sólo pueden ingerir cerveza o vino en los días de la Natividad del Señor.

Pues bien, Armengol Nicolás, que fué un estudiante aprovechado en su adolescencia, que ha permanecido durante dos años en España, en la Metrópoli, es, naturalmente, considerado como emancipado al igual que Lorenzo Bela, que es un digno funcionario de la Administración Colonial. Precisamente en la boda de éste con una indígena formal, Cristina Riopo, muy amante de su virginidad como todas las bubis, no contaminadas con la «civilización», es donde Nicolás produce el primer escándalo.

Se emborracha rápidamente, con prisa—es de observar que todos los individuos de razas jóvenes, primitivas, sean negros, amarillos o cobrizos, como no van buscando en el alcohol otra cosa que el fin, no el intermedio, beben con ansia hasta llegar a la pérdida absoluta de la conciencia; no les interesa ese estado de optimismo falso que denominamos con la frase «estar alegre», no; lo que quieren es olvidarse de sí, no sentirse a sí mismos, y por ello empinan la botella de coñac o de whisky, hasta que ésta, por el efecto adormecedor del líquido, se les cae de la mano—; comienza a molestar, insultando a las muchachas indígenas que han acudido a la fiesta nupcial y cuando se le afea su conducta, replica como único argumento que eso es lo que se hace en España en los «cabarets», y prosigue—perdido ya el freno—emitiendo juicios irrespetuosos, incluso para las Autoridades de la Colonia; también en este sentido hicieron mella en su espíritu, blando como la cera, la propaganda del Frente popular que entonces, durante la figurada estancia de Armengol en España, comenzaba a manifestarse en la Metrópoli. La fiesta termina para él llevándose a su casa y encerrándolo para que no siga gritando y escandalizando a sus compañeros.

Como al fin y al cabo Santa Isabel es un pueblo pequeño, la cosa llega a oídos de la Policía que al día siguiente lo llama y le amonesta severamente; su carácter díscolo se revela y entonces en aquel alma llena de pasiones y carente de voluntad, ilusionada un tiempo con la Madre Patria, en la que ha estado materialmente,

corporalmente, pero sin llegar a descubrir su verdadero espíritu, su profundo y noble modo de ser, empieza a germinar el espíritu rebelde de un descontento, de un injustamente tratado, de un traidor...

Y mientras Lorenzo Bela, ya casado, dedicado por entero a su casa y su función pública, querido y respetado de sus familiares y vecinos que acuden a él—como más inteligente y enterado—para que les sirva de guía en lo que para ellos aparece como intrincada red de organismos administrativos y autoridades blancas, Armengol, por el contrario, ha sido desposeído de su condición de emancipado, porque se valía de ella para adquirir vino y venderlo a sobreprecio a los que no lo eran, y se halla muchas veces al borde del Código Penal, porque, valido de su cultura, ha hecho suscribir con engaños a sus conocidos, documentos comprometedores o deudas imaginarias para con él...

En esta situación llega el Movimiento Nacional y al incorporarse la Isla de Fernando Póo a la Causa Gloriosa de Franco no hay más remedio que encarcelar a Armengol—único indígena que ha colaborado activamente con los frentepopulistas—mientras que Lorenzo Bela, como todos los demás bubis están consternados al ver hasta una veintena de europeos detenidos—cosa nunca vista en la Colonia—y afirman con horror, presos de un incontenible pánico, presagiador de grandes males: «gran palabra tienen los blancos»...

Ante el cuadro que, a grandes trazos—impresionismo puro—os acabo de dibujar, ¿no creéis, queridos lectores, cuyo interés por las cosas coloniales quisiera despertar en vuestro ánimo, que el colonizador español, la autoridad educadora del indígena de Guinea, se queda perplejo, fruncidos los ojos para aminorar el campo visual e intensificar la visión y con el oído atento para recoger las sugerencias que se le hagan? ¿qué debe hacerse? ¿Traer al niño, al adolescente, a la Madre Patria para su formación en contacto con la muchachada española o llevar los centros superiores de Enseñanza a la Colonia para que en ellos se formen, solos, los jóvenes indígenas seleccionados por su inteligencia y laboriosidad? ¿o las dos cosas, al mismo tiempo?

Es de advertir que el panorama moral y político que existía

en España en la época en que se imagina la presencia de Armengol en ella, ha desaparecido, gracias a Dios, de nuestro horizonte actual; ahora existen instituciones oficiales y particulares que, a más de preocuparse de la fría instrucción del estudiante, le educarían su espíritu con esmero y con profundo sentir cristiano, pero la psicología del negro—que es tan difícil de determinar y que yo no pretendo examinar aquí— es tan especial que quizás tenga una proclividad manifiesta para asimilarse con entera rapidez los vicios de la civilización europea, sin cargar como lastre equilibrador con sus virtudes.

Es muy frecuente, al oír hablar a personas que se dicen conocedoras de estas materias, escuchar fórmulas como la siguiente: «los negros son niños grandes». Independientemente de que siempre es aventurado el encerrar en el molde estrecho de una fórmula la psicología de un pueblo, creemos, con Maurice Delafosse, que esas apreciaciones proceden «de una observación fragmentaria y superficial, cuando no son debidas a ideas preconcebidas y a tradiciones admitidas sin examen alguno»...

Es cierto que se observa, generalmente en bubis y pamués—indígenas, respectivamente, de Fernando Póo y de nuestra Guinea Continental—, un afán de imitar al blanco, pero esta condición no es exclusiva del niño, sino que germina en todo ser inferior que reconoce la superioridad de otra persona.

«La mentira y la picardía—afirma Delafosse en su interesante obra «Los Negros»—no son más comunes entre los negros que entre los demás grupos humanos. Ciertamente es, sin embargo, que la astucia viene exaltada por su literatura popular como una de las virtudes primeras de la naturaleza humana; pero la lealtad y la abnegación no se hallan menos esparcidas entre ellos; y, cosa cuando menos interesante, los mismos negros que descuellan por la picardía más intensa y por la mayor habilidad para mentir, suelen ser, en otras ocasiones, modelos de fidelidad y demuestran una franqueza rayana en la candidez».

Sea cual fuera la resultante obtenida después de un detenido estudio de la psicología del indígena de nuestra Colonia de Guinea, quiero concluir como corolario natural del caso presentado a nues-

tra consideración, que es preferible, a mi juicio, para conseguir una educación esmerada y completa del colonizado el mantenerlo en su medio ambiente, si bien aislado en lo posible de sus costumbres y tradiciones que pudieran ser perjudiciales a la moral cristiana y a la norma civilizadora, vigilado constantemente por sus educadores blancos, de una conducta intachable y de una gran vocación docente y sin que vea, a su alrededor, ningún ejemplo desmoralizador o vicioso en los individuos que pertenecen a la Nación colonizadora.

Urge, por tanto, el instaurar en nuestra Colonia adecuados Centros de enseñanza media, profesional y técnica, servidos por Profesores competentes, que hayan sentido con fuerza el hálito impulsor de la vocación misionera.

FRANCISCO MARTOS AVILA
JEFE DE LA SECCION DE COLONIAS